

ciencias morales y naturales. H. Pugaux, en dos trabajos consecutivos, se ocupa de las exposiciones universales que tuvieron lugar en el periodo, dentro y fuera de Francia. El volumen se cierra con un apartado sobre la publicidad, con dos estudios realizados por S. Al-Matary y R. Mateu.

Todos estos trabajos forman un recorrido por el tiempo en que se ve el presente europeo a través del pasado con extraña cercanía en muchos casos, guiados por firmas de primera fila como Fernández Bremón, Castelar, Becerra de Bengoa, Cañete, Huelin, Pellicer, etc., que dejan una impresión general de gran inteligencia y competencia de los colaboradores en *La Ilustración Española y Americana* —y de los

AZORÍN. *Ante Baroja*. Edición crítica, revisada y ampliada (1900-1960). Edición y estudio introductorio de Francisco Fuster García. Alicante: Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2012, 285 pp.

Basta con reparar en la cubierta del libro para entender el alcance de su contenido: se trata de un conjunto de ensayos escritos por el mejor crítico del siglo XX sobre uno de los mejores novelistas de nuestra historia literaria. La relevancia del volumen no necesita encarecimiento y es, por tanto, un acierto tanto del autor de la edición, por haber dedicado su esfuerzo a la

necesaria reconstrucción del volumen, como de la entidad editorial, por haberlo dado a luz en su mejor colección, «Norte Crítico», caracterizada por su rigor, solidez e impecable presentación.

Como sabemos, tal título existe en la bibliografía azoriniana, pero es de muy difícil acceso. Un primer dato debemos tener presente para entender el sentido de esta edición: *Ante Baroja* no es un libro preparado por su autor, sino por José García Mercadal, quien en los años de posguerra anduvo copiando artículos del escritor levantino por las hemerotecas (singularmente en la Municipal de Madrid) para preparar con ellos una serie de volúmenes recopilatorios que fue apareciendo desde 1944 y llega a alcanzar la nada desdeñable cifra de veintiséis títulos. Tengamos en cuenta que de los ciento cuarenta volúmenes publicados por José Martínez Ruiz, Azorín, a lo largo de su vida, ochenta y ocho fueron compuestos por el escritor; el resto son obra de personas como García Mercadal o Ángel Cruz Rueda, quien se ocupó de preparar las *Obras Completas*, aparecidas entre 1947 y 1954. El dato es importante, porque siempre hemos de distinguir entre aquellos libros que responden al designio de su creador y los elaborados por beneméritos conocedores de su obra, cuyos criterios son siempre personales; y disponían de libertad, ya que gozaban de la plena confianza de un escritor adentrado en la vejez.

*Ante Baroja* fue publicado en 1946 dentro de una serie denominada «Obras Pretéritas», que fue viendo la luz desde 1944, donde aparecen libros de carácter unitario, como el que nos ocupa o *Veraneo sentimental*, junto con otros de contenido más amplio (*La Farándula*, *Leyendo a los poetas*) o claramente diverso, como se advierte en sus títulos: *Palabras al viento* y *Tiempos y cosas*, el primero de la serie. Con su mejor intención y un esfuerzo encomiable (que reconocemos sin reservas), José García Mercadal consiguió rescatar de las páginas de la prensa periódica una elevada cantidad de

artículos para acomodarlos en volúmenes y darles así mayor proyección; pero estos no carecen de defectos. En muchos casos no consta la procedencia o la fecha de su publicación, o se adivina algún error en el copista, en el encargado de la composición del texto o en el corrector, lo que hace necesaria la labor de revisión, si es que el volumen lo merece. Y en este caso, así es.

La obra crítica de Azorín, aquellos textos que el escritor define como «ensayos de crítica e historia literaria» son, sin duda, uno de los monumentos literarios del siglo XX, aunque por su materia sean de circulación restringida y por ciertos prejuicios se mantengan un tanto a la sombra; sobre todo en aquellos ámbitos en los que deberían destacar con todo su merecido prestigio. No está de más recordar que hace años (en 1971) el profesor José María Valverde advertía que «si estos artículos se hubieran leído suficientemente, habrían cambiado la visión vigente de la tradición literaria española, no sólo por la fresca inmediatez de su recreación de las obras pretéritas, sino por su enmarque histórico y social dentro de un contexto vivo y concreto», y mucho antes Ortega y Gasset, en su reseña de *Lecturas españolas* (donde figura uno de los artículos sobre Baroja), afirmó que es «uno de los mejores libros que yo he leído en castellano».

Azorín hace de estos ensayos de crítica obras literarias de alcance, por lo que siguen plenas de vitalidad y cuya virtud estimulante les hace superar las circunstancias concretas para las que fueron escritas (en el caso que nos ocupa suele ser la aparición de un nuevo libro del donostiarra); y es que entendió desde muy pronto, diríamos que desde sus inicios, que la crítica es una actividad creadora y que el crítico es tan creador (si no más) como el novelista o el poeta. Esta idea, que expone en su artículo de 1912 «El fracaso de los géneros», es central en la poética de la modernidad y consagra un género emergente que puede mantenerse sólido entre los naufragios de su tiempo.

*Ante Baroja* es el resultado y compen-

dio del continuado esfuerzo realizado por Martínez Ruiz para entender y dar a entender la singularidad del arte de su amigo. Esa atención mantenida a lo largo de sesenta años se manifiesta en los cincuenta y ocho textos recogidos en este libro, doce más de los que figuraban en su primera aparición, en 1946. Acertó José García Mercadal cuando utilizó como pieza inicial del libro el texto que Azorín había redactado como prólogo para el primer tomo de las *Obras Completas* de Baroja, que apareció ese mismo año. En ese texto reciente hay un resumen y condensación de su experiencia como lector de la obra barojiana, una compleja sugestión recibida ya en su primera lectura: un cuento leído cuando aún no conocía a su autor. Fue aquello una revelación: «había en él una lejanía, una vaguedad, vaguedad de ensueño, una ilimitación que me dejaron absorto». Esa lectura ocasionó en él un cambio de valores: frente a lo circunscrito se le reveló lo indeterminado: «lo indeterminado con el misterio y con el profundo sentido de la vida que lo indeterminado impone». Desde 1946 puede abarcar casi medio siglo de producción literaria para afirmar que «lo indeterminado es, en suma, toda la obra de Pío Baroja». Ese misterio es lo que le impulsó a indagar en él, a perseverar en su estudio durante décadas, no para desvelarlo, sino para mostrar su verdad, su hondura y su alcance. De ahí la riqueza de este libro: atender al misterio del arte para entenderlo desde su mismo terreno.

Recorremos así la trayectoria de Pío Baroja desde el observatorio de Azorín, tan importante por su cercanía (mantuvieron la amistad toda su vida) como por su sincero empeño indagatorio: cada hallazgo del novelista tiene su eco en el paisaje interior, intelectual y afectivo, del crítico. «Las orgías del yo» es un sugerente título para un intenso punto de partida, intensidad que continúa con diversas modulaciones en todas las páginas que le dedica hasta el final de sus días. En los textos recopilados predominan los que fueron escritos con moti-

vo de la publicación sucesiva de diversos libros, pero otros son breves ensayos sobre el autor: su filosofía, su carácter, su estilo... Señalemos así artículos como «Baroja y el teatro clásico», o un par de ensayos sobre su personalidad titulados simplemente «Pío Baroja» (distanciados en el espacio al ser el segundo de ellos escrito para *La Prensa* de Buenos Aires), o ese curioso artículo titulado «Azorín relata un paseo con Pío Baroja», donde podemos asistir a un momento en una de aquellas tardes en las que se reunían para conversar mientras discurrían por la calle de Alcalá (durante años pasearon al atardecer por esa vía madrileña). Los artículos aquí recogidos no fueron pensados para formar un libro (de hecho, un par de ellos habían sido recogidos en *Lecturas Españolas* y en *Los valores literarios*, y otro par procede de *Madrid*), pero en él, formando un conjunto, adquieren mayor proyección al ocupar cada uno su lugar en una trayectoria que ilumina la tarea de ambos: la de Baroja, ante todo; pero también la de Azorín.

Al comienzo de esta reseña aludo a la reconstrucción que el Dr. Fuster García ha llevado a cabo en este libro, porque no se reproduce el texto de 1946, y además se ha completado con la incorporación de doce artículos recuperados de la prensa periódica española y argentina. El autor de la edición ha respetado el orden cronológico que siguió García Mercadal (aunque en algún caso no cumplió) y ha eliminado tres piezas: un breve fragmento titulado «Una amistad» (fragmento del discurso de Baroja en la ceremonia de recepción en la Academia Española); un trabajo bio-bibliográfico de Ángel Cruz Rueda referente al donostiarra, y el breve texto de Azorín «Sin nema», que incorpora con acierto en el estudio introductorio, ocupando un lugar adecuado. La fundamental tarea de Francisco Fuster ha consistido en la revisión de la totalidad de los textos, consultando la primera publicación de cada uno de ellos en la prensa periódica (con lo que ha podido restaurar textos incompletos), y la de añadir doce artículos que

no figuraban en 1946, con lo que se completa la producción azoriniana referente a Baroja. El autor de la edición ha situado esta docena de textos en un apéndice; y en esto me permito discrepar del criterio seguido. Al no tratarse de un libro preparado por su autor, el nuevo editor puede mejorar la edición existente, respetando lo bueno que allí hay e incorporando las novedades en su correspondiente lugar, siguiendo la cronología de los textos. El importante artículo sobre *Camino de perfección* debería ocupar su lugar en los inicios; «Pío Baroja y su última novela» (*Los últimos románticos*, 1906) contiene un resumen de la obra barojiana que debe llenar un espacio entre *Paradox Rey* y *La ciudad de la niebla*; y aquellas novelas que tuvieron doble reseña, en *ABC* y en *La Prensa* de Buenos Aires, quedan mejor estudiadas cuando leemos consecutivamente dos textos complementarios (Azorín no repite argumentos). Todo esto no empaña la rigurosa tarea del autor de la edición, pero estimo que el libro hubiera mejorado si los textos reunidos en el «Apéndice» hubieran ocupado su lugar. Creo que en este libro el apéndice no tiene razón de ser, ya que lo que allí aparece no son textos de referencia, con un valor secundario. A un autor no se le puede modificar el diseño de su obra, pero sí a un recopilador que dejó fuera textos similares a los publicados.

El Dr. Francisco Fuster afirma en su excelente estudio introductorio que «después de leer esos textos de Azorín la obra de Pío Baroja nos parece otra distinta» ¿Distinta o mejor entendida, con criterios más convincentes? Azorín supo ver, desde supuestos simbolistas y no realistas, la obra de su amigo; donde se solía ver un realismo vulgar (como la vida misma) y una prosa fácil, poco literaria (Pérez de Ayala llegó a afirmar de él: «no sabe escribir»), el levantino vio lo que había: ensueño, ilimitación, honda poesía, complejas sensaciones, emociones profundas y delicadas, y un estilo único con el que poder advertir los sutiles

movimientos del espíritu y la misteriosa corriente de la vida. Los lectores de Baroja conocemos el alcance y la verdad de esta frase de Azorín, contenida en el texto número 18, «La energía interior»: «los escritos de Baroja son como un fuerte estimulante de las ideas».

MIGUEL ÁNGEL LOZANO MARCO

JURADO MORALES, José. *Las razones éticas del realismo*. Revista Española (1953-1954) en la literatura del medio siglo. Sevilla: Renacimiento, 2012, 412 pp.

El libro *Las razones éticas del realismo*. *Revista Española (1953-1954)*, publicado por la editorial sevillana Renacimiento, es la primera monografía dedicada enteramente al análisis de esta trascendental revista de posguerra, *Revista Española*, que fue alentada por el bibliófilo extremeño Antonio Rodríguez Moñino, dirigida por unos jóvenes Ignacio Aldecoa, Alfonso Sastre y Rafael Fernández Ferlosio, y que contaba en la coordinación de las distintas sesiones con Miguel Ángel Ferrero en la de cine, Juan Antonio Gaya Nuño en la de arte, Dolores Palá Berdejo en la de música, Luis Meana en la de discos y Alfonso Sastre en la de teatro. El volumen está distribuido en tres grandes bloques, seguidos de un cuarto mucho más breve en el que se destacan algunos aspectos del desazonado final de *Revista Española*, como revela la nota de despedida —reproducida íntegramente— que la revista publicó en su sexto y último número, y la escasa repercusión que la publicación tuvo en su tiempo. Por último, el volumen cierra sus páginas incluyendo los sumarios de los distintos números de la revista presentados en orden cronológico, cuya finalidad, como bien apunta el autor, es la de transmitir al lector interesado una idea fidedigna de la estructura y los contenidos,